

PANORAMA DE LA SOCIAL-DEMOCRACIA

Por WOLFGANG HIRSCH-WEBER

INTRODUCCION

La palabra «socialismo» tiene muchos contenidos. A menudo se la emplea de modo ambiguo. Se aplica el término a ideas como a organizaciones: a círculos y partidos políticos, a sindicatos obreros. Su significado es sumamente amplio, incluye a comunistas, social-demócratas y anarquistas, va desde los maoístas hasta los adherentes de Helmut Schmidt o François Mitterrand; también se refiere a socialistas cristianos, sean católicos o protestantes. Hasta los enemigos más despiadados del socialismo, los fascistas, se llamaban socialistas.

También en el transcurso histórico la amplitud del término es notable. En su famosa *Historia general del socialismo*, Max Beer comienza con la Antigüedad. Describe teorías y prácticas comunistas en Grecia, en Roma y en Palestina. Sigue con un análisis de tendencias socialistas entre los primitivos cristianos y en la Edad Media. Trata de las guerras campesinas en Francia, Inglaterra y Alemania y relata las utopías de Tomás Moro, Francis Bacon y Campanella.

Estas investigaciones llenan más de la mitad de la obra de Beer. Mas en las páginas que siguen no he de referirme a aquellas épocas, el espacio es demasiado corto. Me voy a dedicar al socialismo democrático como se desarrolló desde el siglo XIX. Daré considerable lugar a los primeros movimientos obreros de Inglaterra y Francia, pues lo que entonces se pensaba y actuaba en aquellos países habría de influir en el futuro en todo el continente europeo.

Al tratar el desenvolvimiento de la social-democracia desde el final de la Primera Internacional, me concentraré en el Partido Social-Demócrata alemán, el SPD. No lo haré por inclinación nacionalista o provincialista, sino porque temo que en una breve disertación un discurso sobre dos o más par-

tidos tuviera que mantenerse en la superficie de los fenómenos. La descripción de un solo partido, en cambio, podría lograr alguna mínima profundidad. Parece permitida la esperanza que el análisis de su evolución desde los tiempos de Marx sacará a luz tendencias que trascienden el marco nacional, siempre que ese partido tenga la suficiente edad y refleje con bastante amplitud las corrientes significativas en la social-democracia europea. Este es el caso del SPD. La social-democracia alemana se ofrece aún más como objeto de análisis porque sus ideas y su acción han influido a socialistas de toda Europa, desde Oriente a Poniente, desde Plechanow a Mario Soares. Al menos hasta la Primera Guerra Mundial ha sido el partido líder de la Internacional, un papel que ahora, me parece, está por asumir por el PSOE. Mas sobre España no les hablaré, ya que ustedes están mejor informados que yo.

No son solamente razones de espacio las que aconsejan dejar fuera de consideración las ideas y las luchas sociales de la Antigüedad y de la Edad Media. Las grandes revoluciones de las últimas décadas del siglo XVIII —la revolución industrial en Inglaterra, la Revolución americana y la Revolución francesa— han cambiado la faz de Europa y América primero, de Asia y Africa después. Cambiaron los modos de producción, las condiciones de vida del hombre, las relaciones y estructuras sociales, las instituciones políticas. En la revolución industrial nacieron nuevas clases y con ellas nuevas ideas sociales. Es cierto que en la Antigüedad, en la Edad Media, en los siglos XVI y XVII hubo hombres que buscaron metas sociales y expusieron utopías que dejaron huellas en el pensamiento social de nuestros días. Pero no fueron más que precursores. Los profundísimos cambios operados por las tres grandes revoluciones a que me referí dieron un nuevo contenido —mejor dicho, nuevos contenidos— a la palabra socialismo.

REVOLUCION INDUSTRIAL

La revolución industrial comienza en Inglaterra entre 1740 y 1780. Es precedida por una marcada modernización de la agricultura y es encaminada por los famosos inventos de la máquina a vapor, la hiladora y el telar mecánicos. Es cierto que antes de la revolución industrial existían manufacturas textiles, pero con la mecanización nace un nuevo tipo de fábricas. Se diversifica y se multiplica la producción, se crea la industria del hierro y pronto se inventarán el buque a vapor y el ferrocarril.

Inglaterra importa, en 1780, 8.000 toneladas de algodón. En 1850 son 340.000 toneladas. Importa el algodón para procesar, para tejerlo y exportar

la tela. En 1788, Inglaterra produce 68.000 toneladas de hierro, en 1885 son tres millones de toneladas.

Se transforma la vida económica desde las raíces. Hasta entonces la ocupación dominante del hombre, en Europa como en Asia, había sido la agricultura. Existían comercio, artesanía, manufacturas, pero la enorme mayoría de los hombres trabajaba en el campo. Ya en 1851, la población urbana en Inglaterra era más numerosa que la población rural. En 1801, la ciudad de Londres tenía 1.117.000 habitantes; en 1861, eran 3.227.000. En otros centros urbanos, como Birmingham, Glasgow, Liverpool y Manchester, el crecimiento relativo fue mayor aún. Su población se quintuplicó.

La industrialización creó una nueva clase social: la del obrero industrial, la clase con la que se identificará el socialismo.

LA SITUACION DEL OBRERO EN GRAN BRETAÑA

Las condiciones de trabajo y de vida del obrero fabril eran otras que las del esclavo en la Antigüedad, del operario en la Edad Media y las del labrador del campo. El obrero era, como Marx dijo, libre en el doble sentido de la palabra: libre de los lazos de la esclavitud y del feudalismo, pero libre también de la propiedad de los medios de producción. No poseía nada.

Los obreros estaban concentrados en grandes talleres, donde fueron sometidos a una disciplina de trabajo nunca antes vista sino en los obrajes de esclavos. Vivían concentrados en los barrios pobres de las ciudades.

Había grandes diferencias en los salarios percibidos y grandes diferencias entre los *status* sociales de las diferentes categorías de obreros, pero en general los salarios eran muy bajos. Había frecuentes crisis económicas acompañadas de desocupación, y ésta, en una época en que no se conocía seguro social alguno, era tremenda para el hombre que no poseía ahorros.

Las horas de trabajo eran largas, llegaban a doce y hasta dieciséis por día, durante casi toda la semana. Las condiciones de trabajo eran pésimas, no había prácticamente protección contra accidentes.

No trabajaban solamente los hombres, sino también las mujeres y los niños. Sobre todo en la industria textil, el jefe de familia fue acompañado por su mujer e hijos en el trabajo de los telares. Trabajaban niños de los seis años en adelante. El trabajo infantil no era nuevo, lo hubo también en la agricultura; pero ahora era más frecuente y, sobre todo, mucho más duro.

En las grandes ciudades había enormes barrios pobres, los *slums*, sucios, sin instalaciones higiénicas, sin agua, sin canalización, sin luz. Los más pobres vivían en los sótanos o en pequeñas habitaciones, familias numerosas en

una sola habitación. La miseria era indescriptible. Hubo hambre y mucho alcoholismo.

En las ciudades grandes creció la delincuencia, aumentó el número de mendigos, se formó gran proletariado lumpen. Frecuentes eran las epidemias de cólera y otras enfermedades. La mortalidad infantil era espantosa.

PRIMERAS REFORMAS

Hacia mediados del siglo XIX, la situación de los obreros estaba mejorándose lentamente. Los salarios subían. El incremento de la productividad del trabajo humano comenzó a beneficiar no solamente a los capitalistas, sino también a las clases bajas. Esto es notable porque entre 1750 y 1850 Europa experimentó una explosión de la población comparable a la de nuestros tiempos en los países en desarrollo. El número de habitantes de Gran Bretaña creció en esos cien años de ocho a veintiún millones. La modernización de la agricultura y la industrialización hicieron que la población adicional pudiera vivir no bien, pero sí un poco mejor que las generaciones anteriores.

Desde la década de los treinta, la legislación social comenzó a proteger a los trabajadores. Se limitaron las horas de trabajo de los niños y de las mujeres; finalmente, también la de los hombres. Se tomaron medidas para proteger al obrero en los talleres. Se creó la institución del inspector de fábricas, tan alabada por Marx, que tuvo enorme influencia en mejorar las condiciones de trabajo. También se comenzó a sanear los *slums* de las grandes ciudades.

Estas primeras reformas sociales se debían en gran parte a la iniciativa de individuos y grupos de la burguesía y de la nobleza que se horrorizaron ante las condiciones de vida de las clases bajas. También recibieron impulsos de abajo, de grupos de obreros que lucharon por mejorar su situación.

PRIMEROS MOVIMIENTOS OBREROS

Ya a finales del siglo XVIII, trabajadores ingleses formaban sindicatos. Eran asociaciones que tuvieron su origen en los gremios de artesanos heredados de la Edad Media. Defendían los intereses de sus miembros frente al patrono. Lucharon por aumentar los salarios y reducir las horas de trabajo, así como las condiciones del mismo en general. Defendían la dignidad del obrero.

En el mercado de trabajo, el obrero individual es más débil que el empresario. Este tiene en sus manos el capital con el que puede contratar al obrero

—si así lo desea—. Si no le conviene el salario que el obrero pide, el capitalista puede desistir de emplearlo, puede esperar, el trabajador no puede esperar. El obrero tiene que aceptar las condiciones que se le ofrecen, pues si no las acepta otro vendrá a aceptarlas, ya que casi siempre existe lo que Marx llamó el «ejército industrial de reserva», es decir, la masa de los desocupados. Hay un mecanismo, sin embargo, que invalida esta relación. Si bien el empresario puede desistir de contratar al obrero individual, no puede renunciar a toda su gente. Sus máquinas, su capital, no pueden mantenerse ociosos por largo tiempo. Quiere decir que si los trabajadores se organizan, si exigen un contrato de trabajo colectivo y si están dispuestos a declararse en huelga para alcanzar sus fines, el capitalista ya no es omnipotente.

Los primeros sindicatos eran particularistas. Se limitaron a defender los intereses de los obreros de un solo oficio, de una sola empresa. Velaron por estos intereses no solamente frente al empleador, sino también frente a otras categorías de trabajadores. Este particularismo —si ustedes quieren egoísmo— se ha mantenido en el sindicato inglés por mucho tiempo, en algunos casos hasta nuestros días. Mas pronto se desarrolló también un sindicalismo más amplio, uno que quería aglutinar a toda la clase trabajadora y que llegaba a tener aspiraciones socialistas.

Antes de que los sindicatos se comprendieran como asociaciones de clase, ya había otros grupos cuyas metas trascendieron los intereses particulares. El primero de ellos fue la London Corresponding Society, fundada en 1791. Su grueso eran artesanos de todos los oficios. Reunía maestros y operarios. Acogía pequeños tenderos y obreros fabriles. Su principio de organización era revolucionario, en tanto la asociación rebasaba todas las diferencias entre oficios, así como diferencias de ingreso y de *status* social.

La asociación de Londres, como las que pronto se fundaron en otras ciudades británicas, estaban influidas por la Revolución francesa. Se dirigían contra la monarquía y la aristocracia. Sus metas eran, en primer lugar, políticas: igualdad, democracia, tolerancia religiosa, libertad de conciencia y de opinión, igualdad ante la ley, libertad de movimiento y de comercio. También pedían legislación social.

Los grupos crecieron rápidamente. Enfatizaron sus exigencias en grandes demostraciones en Londres y otras ciudades industriales. Cuando en 1794 y 1795 llegaron a su apogeo, la aristocracia y la burguesía se atemorizaron. Temieron que en Inglaterra se pudiera repetir el terror de la Revolución francesa. Los líderes de las asociaciones fueron acusados de alta traición y aunque la represión no fue muy dura se disolvieron los grupos.

Mas en los años que siguieron, las discusiones en pequeños círculos y la agitación no cesaron. Era un tiempo de revueltas. Los trabajadores, como la

burguesía, cobraron conciencia de clase. Un gran movimiento de educación de adultos se empeñó en enseñar a leer al obrero, y los obreros aprendieron. Leyeron periódicos y panfletos demócratas radicales que aparecieron en gran número. Estudiaron también los libros de los primeros socialistas ingleses.

William Godwin, el padre del anarquismo comunista, celebraba la industrialización. Creyó que las máquinas suplantarían al trabajo humano obligatorio, que llevarían a una división de trabajo que permitiría a cada hombre cumplir la tarea para la cual era apto y le satisficiera. Anhelaba una nueva vida social más moral que la actual, en la cual los hombres vivirían en armonía. Sostenía que los obstáculos principales para que se implantara la nueva sociedad eran la propiedad privada y el Estado. Su utopía era una vida social natural, comunista, sin propiedad privada, sin señorío político alguno.

ROBERT OWEN

La figura más importante en la historia del socialismo inglés fue Robert Owen, que vivió de 1771 a 1854. Era empresario, uno de los hombres más ricos de su tiempo. Comenzó con reformar su fábrica y mejorar las condiciones de vida en el pueblo en el que habitaban sus trabajadores. Instaló tiendas cooperativas, creó cajas de jubilación y de enfermedad, pagó salarios más altos que otros fabricantes, pagándolos incluso en épocas de crisis, en las que se paraban las máquinas y sus jornaleros estaban ociosos. Fundó escuelas para los hijos de sus obreros y en ellas reformó los métodos de enseñanza.

Pronto pensó que esto no era suficiente, que el sistema existente no podría mejorarse, que había que sustituirlo con otro. Recomendó la fundación de aldeas de cooperación, es decir, de cooperativas de producción y consumo. Influido por Godwin, le parecía que la vida cooperativa vencería el sistema corrupto del capitalismo. Fundó y financió en Inglaterra, como en los Estados Unidos, colonias comunistas, que, si bien fracasaron, tuvieron gran influencia en la historia de las teorías socialistas.

Lo que no fracasó fueron las cooperativas de consumo impulsadas por él y sus seguidores. Estas cooperativas no cundieron solamente en Inglaterra; de ella partió el movimiento cooperativista mundial.

Owen impulsó también la así llamada teoría socialista del valor del trabajo. Según ella, solamente el trabajo crea valor. El valor de una mercadería es el valor del trabajo que la ha producido. El capital es trabajo congelado. El capitalista no añade valor al producto. Paga al obrero solamente una parte del valor del trabajo. La diferencia entre el valor y el salario es la ganancia, o con palabras de Marx, la plusvalía.

CARTISMO

En 1832, después de una apasionada lucha que llevó al país al borde de la guerra civil, se reformó el sistema electoral de Inglaterra. Se dio mayor representación a las clases medias urbanas y a la población del norte de Inglaterra, pero no se ensanchó el derecho de voto del obrero, pues el sufragio seguía ligado a la propiedad y los ingresos de la persona. En las clases bajas la desilusión fue tremenda.

En 1838, la Asociación de Obreros de Londres elaboró la así llamada Carta del Pueblo, que era una petición al Parlamento de cambiar el sistema electoral. Esta Carta era política, se basaba en las ideas de la democracia radical, exigía el derecho de voto general, igual y secreto y un Parlamento responsable con el pueblo. Sus autores, como ya lo habían hecho cuarenta años antes los miembros de la London Society, apelaron a los intereses comunes de los trabajadores. Querían despertar y afianzar su conciencia de clase. Cuando hablaban de trabajadores no pensaban solamente en obreros fabriles, sino también en artesanos y pequeños comerciantes.

Su éxito fue enorme. En todo el país se formaron grupos de adherentes. Seis meses después de la publicación de la Carta, la mayoría de los trabajadores de Inglaterra formaba parte del movimiento. Pronto a la meta política se añadieron metas sociales, que iban desde la mejora de las condiciones de trabajo y de salarios hasta la abolición de la propiedad privada.

Cuando el Parlamento rechazó la petición por dos veces hubo revueltas, batallas callejeras, incendios de fábricas. Huelgas generales fracasaron. El gobierno suprimió las rebeliones.

El movimiento se disolvió, pero su mensaje quedó vivo. A partir de los años sesenta en adelante se amplió paulatinamente el derecho de voto. Con el Cartismo, los trabajadores ingleses se constituyeron como clase política. Aprendieron a organizarse en gran escala, a actuar racionalmente en la política.

La influencia de Owen y sus seguidores en el Cartismo fue considerable. Con razón se ha dicho que el Cartismo era un movimiento social-demócrata. Sus adherentes querían la reforma social y política, buscaban la democracia social y política.

Cuando se disolvió el movimiento, no todos sus participantes se desbandaron. Se formaron dos grupos, cuyos miembros eran casi exclusivamente obreros. El uno quería cambiar las estructuras sociales y políticas pacífica y gradualmente, el otro era revolucionario. Además, era internacionalista. Marx y Engels estuvieron en contacto con ellos. En 1850, junto con antiguos cartis-

tas, fundaron la Liga Universal de Comunistas Revolucionarios, que propagaba la dictadura del proletariado y la revolución permanente.

Ya en su primer viaje a Inglaterra, Engels había establecido contacto con los cartistas. Cuando él y Marx vivían en la isla, estudiaron detenidamente el movimiento cartista. Tanto sus ideas como sus actuaciones, así como el pensamiento de Owen, influyeron grandemente en las teorías de los dos alemanes.

Mas antes de tratar a Marx y Engels hay que hablar de los socialistas franceses.

SOCIALISTAS FRANCESES REVOLUCIONARIOS

Las palabras socialismo y socialista fueron empleadas originalmente, en los siglos XVII y XVIII, en el discurso filosófico sobre Derecho Natural. La primera vez que se las aplicó a un movimiento político y social fue con referencia a Robert Owen y sus seguidores, pronto después también a algunos autores franceses.

En Francia, la revolución industrial se encaminó más lentamente que en Inglaterra. Seguía siendo un país predominantemente agrícola hasta fines del siglo XIX. En 1815 solamente el 14 por 100 de su población vivía en pueblos de más de 5.000 habitantes. Sin embargo, ya había industrias importantes, y en las grandes ciudades, sobre todo en París, existía un numeroso proletariado y subproletariado. Las condiciones de vida de éstos eran miserables. Hubo revueltas y, como es sabido, artesanos, trabajadores y proletarios lumpen lucharon tanto en la Gran Revolución como en la Revolución de 1848.

Será por el desarrollo industrial inferior que la lucha en Francia no era económica, que no se exigían salarios más altos y horas de trabajo más cortas o mejores condiciones de trabajo. La contienda era más bien política. No había movimientos como la London Society, el owenismo o el Cartismo, pero sí círculos socialistas muy activos. París era centro de una intensa y amplia discusión sobre las ideas socialistas.

Se pueden distinguir en Francia dos corrientes: el socialismo revolucionario y el utópico. Ya en 1795, Babeuf fundó una liga secreta comunista. Se había opuesto al terrorismo de Robespierre, pero formuló una teoría de la dictadura revolucionaria que debería asegurar la victoria de la igualdad. Abogaba por la propiedad y el trabajo comunes. Su conspiración fue descubierta, Babeuf condenado a muerte y ejecutado.

De mayor influencia histórica fue Louis Auguste Blanqui (1805-1881). Decía que las clases sociales estaban en lucha permanente y que su enemistad era irreconciliable. Predicaba la toma de las armas, la necesidad de for-

mar, en estricto secreto, pequeños grupos armados y bien disciplinados. El proletariado debería armarse, conquistar el poder, desarmar la clase dominante y erigir una dictadura proletaria. Para ello se necesitaría un liderazgo revolucionario por un partido en cuya cúpula debería haber un poderoso triunvirato.

Blanqui lideraba a varios grupos secretos revolucionarios, organizó conspiraciones, participó en la revolución de 1830 y en la de 1848. Cuatro veces fue condenado a muerte —y perdonado—. Pasó treinta y tres años de su vida en la cárcel.

Aunque Blanqui no elaboró teoría económica alguna y aunque su teoría política era bastante estrecha, inspiró a muchos seguidores. En él basaba el sindicalismo revolucionario. Marx rechazó el voluntarismo y el putschismo de Blanqui, pero aceptó las ideas de la lucha de clases, de la revolución permanente, de la dictadura del proletariado.

Es evidente que Lenin y los bolcheviques eran discípulos de Blanqui. También los anarquistas de Bakunin estaban endeudados espiritualmente a Blanqui con su prédica de la violencia, como lo están los terroristas de hoy día.

LAS UTOPIAS

Las corrientes utópicas de los socialistas franceses tenían sus precursores en las utopías de la antigüedad, de Platón, del cristianismo temprano y medieval, en los sistemas de Tomás Moro y Tommaso Campanella, así como en las numerosas utopías de contenido comunista que se elaboraron en el siglo XVIII.

Mientras que las utopías de antaño eran productos de fantasía, el socialismo utópico del siglo XIX es concreto. Quiere cambiar la vida social actual. Se arraiga en el presente y tiene sus miras en el proletariado.

El marqués de Saint-Simon (1760-1825) ensalzaba la revolución industrial y el constante progreso. Elaboró una utopía en la que los industriales mandan. Industriales son para él los dueños de fábrica como los obreros y los campesinos, todos los hombres productivos. Solamente en su última obra, *El nuevo cristianismo*, se hizo portavoz de los trabajadores.

Más en el consumo se orientó François-Marie Charles Fourier (1772-1835). Criticó ásperamente la civilización actual. Quería suplantarla con una etapa histórica de asociación y armonía en la que los instintos humanos pudieran desarrollarse adecuadamente. Esbozó un sistema de así llamados Falansterios, cooperativas de producción y de consumo y, además, de vida común. Los hombres habitarían casas comunitarias, donde existirían en armonía

social. Habría amor libre, los niños serían educados por el grupo. El trabajo sería atractivo, cada cual trabajaría según su gusto y su aptitud, y podría cambiar su ocupación varias veces al día. Además, dijo, en el Falansterio habría siete comidas al día, ópera, drama y ballet. La alegría y el gusto de vivir en el Falansterio haría posible que los hombres fuesen más capaces, que llegarían a vivir ciento cuarenta y cuatro años y que serían siete pies de alto. Estos aspectos fantásticos del proyecto se pueden olvidar y fueron olvidados. Discípulos de Fourier fundaron Falansterios en Francia y sus colonias, en Italia y España, en Rusia, en Polonia y los Balcanes, así como en América del Norte y del Sur.

La influencia de sus visiones trascendió los círculos de sus seguidores fieles, entró en el Manifiesto Comunista y en otras concepciones socialistas. Los socialistas aprendieron de él dar preferencia al grupo sobre el individuo aislado. Les hizo ver la importancia de los modos y las relaciones de producción para el desarrollo de la humanidad en el pasado y en el futuro. Les señaló los fenómenos de opresión y explotación no solamente en la economía y en el Estado, sino también en la familia y en la vida social.

El anarquismo tomó de Fourier el rechazo de toda autoridad, de todo mando en la economía como en el Estado, en la religión como en la familia. Le siguió en la creencia que había que erradicar la civilización existente. Mas no todos los anarquistas le han seguido en su rechazo de la violencia.

Fourier creyó apasionadamente en que cada ser humano debía vivir en libertad absoluta de expresar y desarrollar su personalidad. En esto le siguió Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865). Para él, la libertad y la justicia eran los bienes más altos. No perseguía la igualdad económica. Trabajo desigual debería ser remunerado desigualmente. Lo que había que abolir era la injusticia, no la desigualdad. La sociedad del futuro sería la sociedad de pequeños productores que cambiaran sus productos de acuerdo al valor de éstos. (Fue inspirado por la teoría inglesa del valor del trabajo.) Este sistema de intercambio lo llamó «mutualismo». Sólo si las relaciones entre los hombres se basaban en mutualidad habría justicia y libertad. El individuo debería ser completamente libre y su libertad se limitaría solamente por el principio del mutualismo.

Proudhon rechazó no solamente al Estado, sino a cualquier otra autoridad que limitaría la libertad, tales como las asociaciones con reglas fijas que propagaban Owen y Fourier. La médula de la sociedad sería la familia, no la asociación. Odiaba la centralización, tanto la del Estado moderno como la de los sistemas socialistas. La revolución sería la obra del pueblo y no de los intelectuales revolucionarios.

Proudhon introdujo la palabra «anarquismo» en el lenguaje político. Su

influencia en el desarrollo del anarquismo en Francia, en otros países del sur de Europa y en Sudamérica fue enorme.

Muy opuesta era la teoría de Cabet. Describió la sociedad comunista del futuro en forma de una novela histórica. Las industrias básicas serían socializadas, habría igualdad absoluta de todos los ciudadanos, propiedad común, trabajo común; los productos se depositarían en almacenes de los cuales cada uno podría sacar lo que quisiera. Mas el ciudadano no encontraría mucha variedad de mercaderías, pues todos se vestirían igual. Habría pocos periódicos, no habría libertad de opinión, sino censura estricta, porque sólo hay una verdad. La utopía de Cabet fue leída mucho en Francia en los años cuarenta. Parece que alguna copia llegó cien años más tarde a Pekín y otra a los Khmer rojos.

RESUMEN DE LAS PRIMERAS TEORIAS

Se ve que es amplia la gama de los socialistas y de los socialismos ya en esta primera época. ¿Qué tenían en común? ¿Qué diferencias se destacaban?

Todos rechazaron la sociedad existente. Todos anhelaban un sistema nuevo basado en la razón, donde los hombres, liberados de los lares de la civilización actual, vivirían en armonía. Es evidente que los socialistas eran hijos de la iluminación, del siglo de las luces, del racionalismo, y que fueron influidos por Rousseau. Creyeron en la bondad de Dios y en la bondad del hombre.

Vieron la miseria en que se debatía el proletariado y ataron sus teorías a esta clase social: en Inglaterra más a los trabajadores de fábrica; en Francia, algo atrasada económicamente, más a los artesanos desclasados. En la sociedad nueva, cada hombre, aun el más bajo, viviría holgadamente.

En lo que no estaban de acuerdo eran los métodos a emplear, era el camino a seguir para llegar a la sociedad nueva. Los unos creían que se podría convencer —rápidamente— a todos los hombres, hasta a las clases altas, de los beneficios que traería la sociedad ideal. Otros veían que había intereses arraigados en las condiciones existentes y que era inevitable la lucha de clases. Esta lucha, para algunos, no necesitaría del empleo de la fuerza. Para otros, la violencia era necesaria. En Francia, cuyo sistema político era autoritario aun bajo la Monarquía de julio, los partidarios de la violencia y de las ligas secretas eran mucho más numerosos que en Inglaterra, donde se toleraba la disidencia y se respetaban los derechos civiles, y donde se podía esperar que, con el voto, la clase obrera adquiriría fuerza parlamentaria suficiente para cambiar la sociedad.

En las visiones mismas de la nueva sociedad se detectan grandes diferencias. Para los anarquistas era una sociedad absolutamente libertaria. Para Owen habría que introducir ciertas reglas de conducta. Blanqui y sus seguidores querían establecer la dictadura del proletariado y un estricto control político.

Aquellos que pensaban que era necesaria la revolución para llegar a la nueva sociedad solían ser los mismos que creyeron en la necesidad de imponer la dictadura del proletariado. Ya entonces se usaba para esta corriente un nombre propio, se los llamaba, a menudo en sentido peyorativo, «comunistas».

Los que pensaban de este modo eran en su mayoría franceses, aunque figuraban también algunos ingleses y alemanes.

MARX Y ENGELS

Alemania, en los primeros decenios del siglo XIX, estaba más atrasada que Francia. La revolución industrial apenas había comenzado. Sin embargo, algunos artesanos que iban a París a trabajar trajeron de allá ideas socialistas. Engels, hijo de industrial, fue confrontado joven con la revolución industrial y el socialismo, cuando viajó a Manchester a completar sus conocimientos en la sucursal de la empresa de su padre. Marx, cuyas primeras convicciones políticas eran las de un demócrata radical, fue convertido al socialismo en París a través de la lectura de los socialistas franceses y del estudio de la economía clásica inglesa. Vino preparado por la filosofía alemana, especialmente la de Hegel y Feuerbach, de la que estaba empapado.

Luego el que Marx, en su teoría, pudiera fundir el socialismo, la economía política y la filosofía de la historia se debe a que los tres derivaban de la iluminación, del liberalismo y del pensamiento democrático. Mas en su pensamiento entra también un elemento religioso: la tradición judío-cristiana de la búsqueda del milenio, de la llegada del Siglo de Oro, de la segunda venida de Cristo y el establecimiento del reino de Dios en la tierra.

En la teoría de Marx, el socialismo ya no es un sistema ideado, una utopía puesta en práctica por la voluntad de algunos o de todos los hombres. Es el producto final de la historia de las luchas de clases. Es un estado de cosas que casi inevitablemente vendrá.

Según Marx, el modo de producción de cada época histórica es la base de la superestructura social, política e intelectual de esa época. Por ello, desde que los hombres dejaron el comunismo originario, toda la historia es una historia de luchas de clases, luchas entre explotados y explotadores, entre dominados y dominadores. Esta lucha, para decirlo en las palabras de Engels,

ha llegado en la actualidad a un nivel en el que la clase oprimida, el proletariado, no puede emanciparse de la clase que oprime, la burguesía, sin libertar simultáneamente a toda la sociedad para siempre. Cuando la burguesía se emancipó de la opresión y explotación a la que la aristocracia la tenía sujeta existía debajo de ella el proletariado, al que los burgueses podrían explotar. Ahora, debajo del proletariado ya no hay nadie. Por tanto, después de su victoria, cesarán la explotación y la opresión, cesarán también las luchas sociales.

Esta revolución final es ineludible. Lo determinan las leyes económicas. El capital se concentra en menos y menos manos, mientras que los salarios del trabajador bajarán cada día más. El proletariado aumenta hasta tal grado que comprende a la enorme mayoría de los hombres. En un día no muy lejano, en el que quedará sólo un puñado de capitalistas, los expropiados, es decir, los proletarios, expropiarán a los expropiadores. Abolirán la propiedad privada y establecerán la sociedad de hombres libres con propiedad común.

A esta teoría, o filosofía de la historia, Marx y Engels la llamaron materialismo histórico. Al resumir sus teorías tuve que simplificar terriblemente. No pude hacer justicia a una obra de tremenda amplitud y profundidad, de muchos matices. Mas es en forma simplificada que la obra de Marx fue captada por la gran mayoría, tanto de sus adherentes como de sus adversarios. Sabemos, además, que hay célebres marxistas que, a lo más, habrán leído unas páginas del Manifiesto Comunista.

Aunque los escritos de Marx sobre lo inevitable de la llegada del socialismo no estén libres de contradicciones, es evidente que pensaba que para adelantar la revolución se precisaba de organizaciones. Es evidente también que creía que la revolución sería obra no de ligas secretas, sino de la acción de masas.

LA PRIMERA INTERNACIONAL

El mismo participó con líderes sindicales británicos en la fundación de una organización que prometía movilizar el proletariado de los países europeos: la Internacional. Cuando se formó la Internacional en 1864, la revolución industrial había hecho ya grandes progresos en los países al norte de los Pirineos y de los Alpes, y a Marx le pareció que el tiempo había llegado para que los obreros conquistasen el poder político.

La corta vida de la Internacional —ocho años— demuestra que la síntesis de la economía política inglesa, el socialismo francés y la filosofía alemana que hiciera Marx no fue tan perfecta como sus adherentes quieren creer. Muy pronto se produjeron tensiones entre Marx y Engels por una parte y los

líderes sindicales ingleses por otra. Los dos intelectuales poco se interesaron por la batalla diaria por mayores salarios y mejores condiciones de vida. Les disgustó el reformismo, el gradualismo de los líderes obreros. Tampoco comprendieron el énfasis que éstos pusieron en la lucha por la democracia política, a su vez, ni su alianza con el Partido Liberal. Los líderes sindicales ingleses no se quisieron someter al liderazgo de Marx y Engels y se apartaron de la Internacional.

Otro conflicto que Marx y Engels tuvieron en la Internacional fue con los adherentes de Proudhon. Apenas se habían impuesto los dos alemanes, nació la pelea con un adversario más formidable, con Bakunin.

De Bakunin parte una nueva corriente del anarquismo. El, vástago de una familia de la aristocracia rusa, ya de muy joven, se hizo revolucionario profesional. Su enseñanza se distinguía de la de los antiguos anarquistas en que propagaba el empleo de la fuerza. No se llegaría a la nueva sociedad tratando de convencer a los hombres, sino destruyendo sangrientamente el orden existente. De la destrucción violenta nacería la sociedad de hombres libres e iguales.

Como los antiguos anarquistas, Bakunin veía en el Estado la raíz de todos los males. Había que abolir el Estado para luego abolir la propiedad privada. Este era el punto principal del conflicto con Marx y Engels, quienes creían que bajo el reinado del socialismo el Estado desaparecería, pero que su muerte sería lenta. El revolucionario debería conquistar el poder estatal. Dominando el Estado, ejerciendo la dictadura del proletariado, se podría cambiar los modos y las relaciones de la producción. Marx era autoritario; Bakunin, en el fondo, libertario. Prefería el caos a los males que inevitablemente partirían de cualquier gobierno, aunque sea uno socialista.

La actitud frente al Estado implicaba la actitud frente a los partidos políticos. Marx y Engels los creyeron necesarios para conquistar el poder político. Bakunin propagaba la acción directa del proletariado. Pequeños y secretos círculos conspirativos deberán encender el fuego de la rebelión espontánea de las masas.

Dentro de la Internacional, Marx y Engels les dieron a los anarquistas una lucha dura y bastante sucia. Salieron victoriosos, pero a costa de liquidar la Internacional. Al anarquismo no lo pudieron aniquilar. En España se sabe que llegó a ser, sobre todo en el sur de Europa, una respetable fuerza.

EL PARTIDO SOCIAL-DEMOCRATA ALEMÁN EN SU PRIMERA ETAPA

La social-democracia alemana deriva de dos partidos políticos. El primero fue fundado en 1863 por Ferdinand Lassalle. Lassalle admiraba a Marx y a

Engels. Era en mucho discípulo de ellos, pero discrepaba también. No recomendaba la revolución, creía que los trabajadores podrían aliarse con el monarca. Pensaba que el Partido Socialista conquistaría el poder pacíficamente usando el derecho al voto. Este partido no debería ser un partido solamente de obreros fabriles, sino un partido del pueblo, populista. Lassalle era demócrata radical, con un concepto de la democracia que derivaba de la Revolución francesa, de Robespierre. Era antiliberal. Su concepto de democracia era el plebiscitario, no el parlamentario.

Su meta final era una sociedad en la que la democracia, la libertad y el comunismo serían uno. Antes de llegar a ello habría que hacer uso del aparato del Estado. Ya en la actualidad se podría avanzar hacia el socialismo por intermedio de cooperativas de producción que sustituirían al capitalismo.

Lassalle era un intelectual no menos autoritario que Marx. (Los dos eran pensadores monistas, mientras que Proudhon era pluralista.) Su partido era bastante disciplinado. Murió joven en un duelo por una muchacha de la baja nobleza. Su partido pronto se unió con otro fundado en 1869, llamado Partido Obrero Social-Demócrata. Sus iniciadores fueron Wilhelm Liebknecht y August Bebel, seguidores incondicionales de los dos patriarcas en Londres.

Liebknecht era descendiente directo de una hermana de Lutero. Bebel, operario artesanal, era hijo de sargento. Fue hasta su muerte, en 1913, el líder indiscutido del partido fusionado. Encabezado por él, la social-democracia alemana se desarrolló como el primer gran partido auténticamente obrero del mundo. Es cierto que las Corresponding Societies y el cartismo también eran movimientos obreros, pero no se constituían en partidos políticos. Recién inaugurado el año 1900, los sindicalistas y algunos intelectuales fundaron el Partido Laborista inglés, dominado por los gremios. En las ligas comunistas de mediados de siglo, al lado de intelectuales militaban artesanos y obreros, pero no se las puede llamar partidos políticos.

Robert Owen, Marx, Engels y Lassalle, así como los teóricos socialistas franceses, excepto Babeuf y Proudhon, venían de la burguesía o de la aristocracia. Es cierto que también en el Partido Social-Demócrata militaban intelectuales provenientes de la clase media y que algunos de ellos, como Liebknecht, Kautski, Bernstein, Rosa Luxemburg, eran muy influyentes; pero la gran mayoría de los funcionarios, en todos los niveles de mando, eran de origen obrero o artesano.

Los dos partidos precursores del SPD fundaron ya gremios. (¿Por qué en Inglaterra los sindicatos fueron los fundadores del Partido Laborista y en Alemania el SPD fundador de sindicatos? Esta sería una pregunta interesante de discutir.) Los sindicatos social-demócratas —había otros políticamen-

te neutrales y pronto también cristianos—, al comienzo, dependían del Partido; mas cuando crecieron y tuvieron considerable éxito en la lucha por mejorar las condiciones de vida del proletariado, se rebelaron contra el tutelaje de los políticos. En 1906, después de duras controversias, llegaron a un acuerdo con el SPD, según el cual las dos organizaciones estarían independientes la una de la otra, comprometiéndose los gremios a trabajar en «espíritu socialdemócrata», y el Partido, a «recomendar» a todos sus miembros a afiliarse a un sindicato. La independencia, claro, era formal. Los sindicatos seguían necesitando al Partido, y viceversa. Seguían influyéndose el uno al otro.

Se hablaba de los tres pilares del movimiento obrero: el Partido, los Sindicatos y las Cooperativas de Consumo (copiadas del modelo inglés). A los Sindicatos correspondía la lucha económica; al Partido, la lucha política. Esto implicaba que, aunque se confiriese independencia e igualdad a los dos, el Partido reclamaba preeminencia, pues de la lucha política se esperaba la emancipación final del proletariado y el paso a la nueva sociedad.

Cuando se formó el Partido Social-Demócrata, Alemania estaba industrializándose a pasos gigantescos. La clase obrera crecía rápidamente, reclutándose de hijos de campesinos, de artesanos, de pequeños funcionarios públicos, y de no pocos inmigrantes polacos. Las condiciones de trabajo y de vida eran algo mejores que en Inglaterra cincuenta años antes y diferían bastante de oficio a oficio. Sin embargo, los salarios todavía eran bajos, las horas de trabajo largas, sesenta hasta noventa por semana. Las viviendas eran miserables. No fue raro que un jornalero soltero alquilara en el hogar de otro obrero no una pieza, sino una cama. Cuando el arrendatario y el huésped trabajaban en turnos ocupaban la cama alternativamente. Sobre todo en épocas de crisis hubo penuria y hambre.

Tan ofensiva como la pobreza era la discriminación social. Había una enorme distancia entre la aristocracia y la burguesía y un abismo entre el obrero y los estratos más altos. En los talleres, sobre todo en la industria pesada, el obrero fue sometido a una obediencia tan estricta como denigrante, y fuera de ellos fue considerado un ser de tercera clase.

Como en la sociedad, el obrero no estaba integrado en el Estado. Es cierto que desde 1871, desde la unificación de Alemania en el Imperio de Bismarck, hubo derecho de voto general, igual y secreto para el Reichstag, nuestras Cortes; pero para la Dieta de Prusia, del Estado que dominaba el Imperio, no hubo igualdad de voto. Además, el derecho de voto para el Parlamento era de valor limitado, pues la Constitución de Alemania no era la de una democracia parlamentaria, sino la de una monarquía semiabsoluta. El Parlamento legislabá, pero sobre el Ejecutivo mandaba el monarca. La admi-

nistración, sobre todo la de Prusia, así como el Ejército, estaban firmemente en manos de la nobleza.

No quiero negar que Alemania era un Estado de Derecho. Aunque imperaba la justicia de clases, las arbitrariedades administrativas y policiales no eran tan frecuentes ya como hasta mediados del siglo, ni se las puede comparar con el salvajismo posterior.

La institucionalidad política y la estructura social eran tales, que el SPD no pudo sino rechazar el sistema absolutamente. No sorprende que un partido, cuyo fin era mejorar profundamente las condiciones de vida del proletariado, quería abolir el sistema de opresión en su totalidad y establecer una sociedad completamente nueva. Tampoco es de admirar que ese Partido se inclinara más hacia la tradición socialista revolucionaria que hacia la reformista y gradualista.

El radicalismo fue reforzado por la actitud de los gobernantes. En 1878, el canciller Bismark logró que el Parlamento prohibiera el Partido Social-Demócrata por subversivo. Casi simultáneamente introdujo la legislación social de mayor envergadura conocida en el mundo de entonces. Quiso con ella atraer al proletariado a la monarquía.

Ni el soborno ni la persecución tuvieron fruto. Cuando en 1890 se levantó la prohibición, la social-democracia alemana estaba más fuerte que nunca. En los próximos dos decenios, el SPD creció hasta ser, con el 35 por 100 del voto, el partido más fuerte de Alemania. La cifra indica claramente que no le siguieron todos los trabajadores, pues éstos comprendían en 1907 el 53 por 100 de la población y, además, entre los electores del SPD se encontraba no poca gente de clase media. El SPD como los sindicatos eran fuertes entre obreros urbanos calificados, débiles en las regiones católicas. En el agro prácticamente no existían. Era el partido obrero más grande de Europa, admirado en el mundo socialista por su disciplina, por su eficiencia y por el nivel de su discurso teórico. Si bien él actuaba de una manera admirablemente disciplinada, no era homogéneo. Claro, había metas finales comunes a todas sus fracciones: la socialización de los medios de producción, el establecimiento de una nueva sociedad de hombres nuevos, libres, iguales y solidarios, en la que el Estado desaparecería. El Partido íntegro luchó por las libertades cívicas y el respeto a los derechos humanos. Profesaba un marcado anticlericalismo, si no ateísmo. Era antimilitarista, y en la tradición de la London Society, del cartismo, de Robert Owen y de las primeras Ligas Comunistas, de un decidido internacionalismo.

Se comprendía como partido marxista y sus fundadores principales —hasta cierto punto aun Lassalle— habían sido amigos personales de Marx y Engels. Mas había divergencias de opinión sobre la interpretación de las teorías

de los dos próceres. El centro del Partido, su mayoría, era marxista ortodoxo. Creía que la revolución social llegaría inevitablemente. Hasta que viniera ese día, se negaba rotundamente a asumir responsabilidades gubernamentales. Consecuencia fue que en el Reichstag los numerosos diputados social-demócratas presentaron una oposición incondicional, absteniéndose de participar positivamente en los procesos legislativos. Sin embargo, la actitud revolucionaria solamente tenía carácter declaratorio. Se hablaba de revolución, se la esperaba, pero no se hacía nada para encauzarla.

A esta pasividad se opuso el ala izquierda. Su líder más notable, Rosa Luxemburg, reclamaba actividad revolucionaria. Inspirada por la revolución rusa de 1905, pensaba que huelgas espontáneas de las masas de trabajadores llevarían a la revolución. Esta tesis, claro, no era muy marxista, sino más bien sindicalista de origen anarquista.

En el ala derecha, los revisionistas propagaban el gradualismo. Su teórico más importante, Bernstein, decía que desde mediados del siglo XIX el desarrollo económico, social y político había desmentido ciertas tesis de Marx: La clase media no desaparecía. El proletariado no se hundía en la miseria, más bien comenzaba a mejorar considerablemente sus condiciones de trabajo y de vida. Por ello, había que bregar por la reforma social ya en la sociedad existente y, sobre todo, había que luchar por la democracia. Sería posible ganar la mayoría del voto y establecer el socialismo pacíficamente. Los revisionistas eran fuertes, sobre todo en el sur de Alemania, donde, a diferencia de Prusia, no chocaron con la enemistad irreconciliable de los gobernantes. Allí participaban ya en la administración de algunas ciudades.

De importancia era también el grupo pragmático, que contaba sobre todo con líderes sindicales que profesaban ser marxistas, pero se empeñaban en mejorar la vida de los obreros en la sociedad tal como existía.

Por encima de todas las divergencias ideológicas, el Partido mantenía la solidaridad. Más profundo aún, el movimiento obrero se constituía en comunidad de vida separada del resto de la sociedad. La mísera existencia del obrero, su marginación social, le movieron a esperar y a creer fervientemente en la nueva sociedad. La enemistad al Partido que profesaban las clases dominantes y el gobierno imperial contribuyeron a que los social-demócratas crearan una cultura aparte. Vivían en un mundo propio, con instituciones propias: el Partido, los sindicatos, las cooperativas y gran número de otras asociaciones social-demócratas, como clubes de deporte, de canto, de teatro, etc. Desde su nacimiento hasta su muerte, el social-demócrata vivía en su ambiente. Hasta había una especie de bautizo no religioso social-demócrata, y una ceremonia socialista sin sacerdote despedía al difunto.

LA GUERRA

Que la marginación fue impuesta se hizo evidente cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Hasta sus vísperas, el SPD, como los otros partidos de la Segunda Internacional, con gran fervor moral había condenado cualquier acto bélico que no fuera en autodefensa, había pensado incluso que podría impedir una conflagración europea. Ahora, cuando el emperador proclamó la paz interna y dijo que no conocía ya a partidos políticos, los socialistas, con pocas excepciones, atendían el llamado a la bandera. El que la Rusia despótica de los zares, baluarte de la reacción en Europa, parecía ser el agresor les permitía dejarse arrastrar por el entusiasmo nacionalista imperante. Durante medio siglo habían sido ultrajados de antipatrióticos, de ser traidores a la patria. Ahora podían mostrarse como sus hijos más fieles y abnegados.

Según iba avanzando la guerra y se dejaba ver claramente que los fines que el Gobierno perseguía eran expansionistas e imperialistas, un creciente número de diputados social-demócratas exigió el cese de las hostilidades. Sobre esta cuestión se dividió el Partido. La mayoría del Ejecutivo nacional y de los parlamentarios, así como la de los líderes sindicales, seguían soportando al Gobierno y al esfuerzo bélico. La minoría, que constaba del ala izquierda, pero también de Bernstein y sus adherentes, formó su propio partido: el Socialista Independiente. Pocos años más tarde, éste desaparecería, volviendo una parte de sus miembros al Partido Social-Demócrata, yendo otra al Partido Comunista.

LA REPUBLICA DE WEIMAR

En los primeros días de noviembre del año 1918 se derrumba el frente. Alemania ha perdido la guerra. El pueblo se levanta, se forman Consejos de Obreros y Soldados, como ellos se autodenominan, que toman el poder en las ciudades y en las fábricas, así como en los regimientos. El emperador huye a Holanda. En Berlín, «Encargados del Pueblo», social-demócratas y socialistas independientes, toman el poder como gobierno nacional. Les encabeza Friedrich Ebert, futuro presidente de la República.

Marx se negaba siempre a especificar las medidas a tomar cuando llegase el día anhelado de la revolución. Decía que no era profeta. Los social-demócratas, sus buenos discípulos, jamás se preguntaron qué iban a hacer cuando tomaran el poder político. Ahora no están preparados para solucionar los tremendos problemas que se les presentan.

¿Cuál será la Constitución de la República? La Liga Espartaco, fundada por Rosa Luxemburg, y otros grupos de izquierda exigen una República basada en los Consejos de Obreros. La gran mayoría de social-demócratas y socialistas independientes quieren una democracia parlamentaria.

¿Se debe socializar inmediatamente las industrias básicas o hay que esperar que lo resuelva la Asamblea Constituyente? Se decide lo último, pero cuando se reúne la Asamblea en febrero de 1919 a los partidos socialistas les faltan unos cuantos escaños para obtener la mayoría que pudiera, siquiera, implantar la socialización.

Los hombres que tomaron el gobierno en los días de la revolución eran marxistas declarados; pero cuando tuvieron que ejercer el poder, casi todos demostraron ser políticos pragmáticos. Postergaron las metas finales para solucionar los graves problemas inmediatos: la desmovilización del Ejército, el suministro de la población con víveres —se sufría mucha hambre— y el establecimiento del orden. Solucionaron estos problemas admirablemente, pero haciéndolo descuidaron la cuestión del poder. Dejaron intacta la burocracia estatal antidemocrática. No tocaron a ningún juez, por reaccionario que fuera. Apelaron a oficiales del Ejército antirrepublicanos para reprimir sublevaciones obreras.

En 1925, el SPD se dio un nuevo programa, el más literalmente marxista de su historia. En la práctica de todos los días, el Partido y los sindicatos aceptaron el sistema capitalista y se conformaron con trabajar para la reforma social.

La República constituida en 1919, la así llamada República de Weimar, duró catorce años. Los social-demócratas, partidos y sindicatos, fueron los defensores más decididos de sus instituciones. A su derecha debieron luchar contra los conservadores y los nazis, quienes los tildaron de nuevo de traidores a la patria. A su izquierda tuvieron que defenderse contra los comunistas, quienes los ultrajaron como traidores de la clase obrera, llamándolos fascistas sociales y diciendo que eran un peligro mayor que el nazismo.

En las elecciones de 1919, el Partido Social-Demócrata obtuvo el 37,9 por 100; el Partido Socialista Independiente, el 7,6 por 100 del voto. En las elecciones de 1932, el SPD ya no llegaba al 21 por 100. Muchos obreros desilusionados con la promesa no cumplida de la revolución lo habían abandonado ya en 1920, otros se distanciaron durante la gran crisis económica con su terrible cesantía. La adherencia del PC, en cambio, entre 1920 y 1932, subió del 2 al 16,9 por 100 del electorado.

Con el perdón de las lectoras, voy a intercalar aquí una observación. El SPD, desde muy temprano, ha luchado por la emancipación y la igualdad de derechos de la mujer. Era natural que el Gobierno de la revolu-

ción decretara el sufragio femenino en los comicios para la Asamblea Constituyente. Así, Alemania fue uno de los primeros países del mundo donde se dio a las mujeres el derecho al voto. ¿A quiénes prefirieron? Desde 1920, en un número representativo de distritos electorales, mujeres y hombres dieron su voto en mesas separadas; así que se puede saber cuál fue la decisión de cada sexo. Resulta que los partidos conservadores y los ligados a las iglesias, aquellos entonces que no se entusiasmaban por el voto femenino, encontraron más simpatizantes en el sexo fuerte que entre los hombres. De esto se puede deducir que si sólo los hombres hubiesen votado en 1919, el SPD y el Partido Socialista Independiente teóricamente hubiesen podido cumplir su promesa de socialización de los medios de producción. ¿Se manifestó la «List der Vernunft» que Hegel ve obrar en la historia?

En aquellos años el SPD estaba desorientado. Sus representantes asumieron innumerables cargos de responsabilidad pública, sus líderes eran ministros y cancilleres en gobiernos de coalición. Mas mientras progresaba el proceso de erosión de la democracia e incrementaban la fuerza y el radicalismo de la derecha, el SPD vacilaba a veces antes de entrar a un gobierno, pues se sentía mejor en la oposición que en la coalición con partidos de la burguesía que querían abolir las conquistas sociales de la República.

Cuando los nazis tomaron el poder, los social-demócratas estaban demasiado debilitados para defender la institucionalidad de Weimar. Los nazis prohibieron el SPD. Su cúpula tuvo que emigrar. Sus militantes, si ofrecían oposición al régimen, fueron perseguidos, llevados a las cárceles, a los campos de concentración, torturados, asesinados.

LA SEGUNDA POSGUERRA

Los sobrevivientes que comenzaron a reconstruir al Partido en los primeros días después de la derrota de la Alemania nazi trataron de aprender de la historia. Querían dejar atrás dogmas obsoletos sin abandonar la meta final, cuyo fruto sería el hombre nuevo.

Alemania estaba destruida. Si los social-demócratas dijeron en 1918 que no se podía socializar los escombros, ahora dijeron que la reconstrucción no sería posible sin previa socialización de las industrias básicas, de los grandes bancos y de las compañías de seguros. Rechazaron al capitalismo no solamente con argumentos económicos, sino también porque grandes capitalistas habían contribuido a las cajas del partido nazi y soportado la guerra de agresión.

Alemania no era soberana. El occidente del país estaba ocupado por los americanos, británicos y franceses; el oriente, por los soviéticos. Cuestiones de política exterior cobraron para el SPD una importancia nunca antes vista. Desde Lassalle, insistía en el derecho de la autodeterminación de los pueblos. Siempre se pronunciaba por la unidad estatal de Alemania. Cuando se vislumbró, desde los comienzos de la guerra fría, que Alemania sería dividida, ningún partido clamó con igual pasión por la unificación del país y ninguno insistió más enérgicamente en que Rusia y Polonia no tenían el derecho de incorporarse los territorios del este de Alemania.

Alemania, en opinión del SPD, debía integrarse al sistema de Estados occidentales democráticos. Esta convicción se debía tanto a consideraciones nacionales, o, si ustedes quieren, nacionalistas, como a la actitud social-demócrata hacia el comunismo y hacia la Unión Soviética. Ya Marx y Engels fueron hostiles a Rusia. Lo fueron sus discípulos en 1914, cuando se dejaron llevar por el arrastre de la guerra. Cuarenta años más tarde, ningún social-demócrata negó que los nazis habían agredido a la Unión Soviética y sus tropas cometido atrocidad tras atrocidad. Mas los crímenes nazis no parecían justificar que Rusia anexionara territorios alemanes y estableciera en su zona de ocupación una dictadura comunista.

Los social-demócratas eran adversarios del bolchevismo desde los días de la Revolución de Octubre. Al Partido Comunista alemán reprocharon la sumisión a las órdenes de Moscú, el deseo de establecer en Alemania una sangrienta dictadura similar a la rusa. Cuando en 1946 los comunistas de la zona soviética de ocupación propusieron la unificación de los Partidos Comunista y Social-Demócrata, el SPD en Alemania Occidental la rechazó. No obstante, los rusos la impusieron en su zona. Después de poco más de un año fueron destituidos casi todos los social-demócratas a quienes se dieran funciones altas en el nuevo Partido de la Unidad Socialista. Hombres que se opusieron a la voluntad comunista, si no huyeron a Alemania Occidental, fueron internados en cárceles y campos de concentración. Algunos perdieron su vida. No es sorprendente que el SPD durante el régimen de Stalin, y aun después, fuese fuertemente anticomunista.

Los social-demócratas esperaban que en cuanto hubieran elecciones nacionales ellos saldrían victoriosos. No fue así. En 1949, cuando se constituyó la República Federal, obtuvieron el 29,2 por 100 del voto, y hasta 1957 no llegaron a más del 31,8 por 100.

LA DECADA DE 1950

Se hacía cada año más evidente que con la política seguida hasta entonces no se ganaría la mayoría del electorado. La economía florecía. El así llamado «milagro económico alemán» beneficiaba a toda la población, desde el capitalista hasta el obrero. Una avanzada legislación social confería protección y seguridad sociales.

Era una economía de mercado. Cualquiera podía ver que en Alemania oriental, en una economía socialista donde el Estado dirigía y planificaba todo, las condiciones de vida eran míseras. En la República Federal había gran desigualdad en la propiedad y en los ingresos, pero el obrero ganaba dos o tres veces más que su compañero al otro lado de la frontera artificial.

Aún más, la clase obrera no crecía, como Marx lo predijera. Su parte en la población disminuía, y subía la de los estratos medios. Un partido que solamente se basaba en los trabajadores estaba destinado al fracaso.

EL PROGRAMA DE GODESBERG

Estas consideraciones tácticas, pero también cambios en las convicciones de los cuadros dirigentes del Partido mismo, hicieron que en 1959 se diera una nueva constitución: el programa de Godesberg.

La nueva carta ya no es marxista. Señala la ética cristiana, el humanismo y la filosofía clásica como raíces del socialismo. Desiste de ofrecer una ideología determinada. No menciona una meta final del socialismo. A éste se lo define como una tarea constante, la de luchar por la libertad y la justicia.

El programa dice que el socialismo no es sustituto de religión y que el Partido respeta a las iglesias y su independencia. El que el programa diga esto no es solamente una concesión a los obispos católicos, quienes con fina imparcialidad política solían recomendar a los fieles que votasen por el partido «cristiano», sino a que en las filas del SPD figuraban ya hombres que militaban también en la Iglesia protestante.

Con énfasis habla el programa de las libertades de conciencia y de fe, de la obligación del Estado de defender a ambos y a los derechos básicos del hombre. El Estado, según el programa, debe ser democrático y pluralista y debe proteger los derechos de las minorías.

Expresamente condena la falta de libertad en los regímenes comunistas. Exige la autodeterminación del individuo y de los pueblos.

Contiene un extenso capítulo sobre la vida cultural, la escuela, la univer-

sidad, el arte. Motivo constante del programa es la libertad. El papel del Estado será el de proteger la libertad y el desarrollo del individuo. ¡Muy largo el camino del partido de Lassalle que confiara tanto en el poder regulador del Estado! Larga también es la distancia que lo separa de Marx. La carta evita la palabra «socialización», pero es ambigua frente a la propiedad privada. Critica la actual distribución de la propiedad y de los ingresos, mas promete el fomento de la empresa pequeña y mediana. Indica que la propiedad privada de los medios de producción tiene derecho a protección y fomento en tanto no obstaculice un orden social justo. Al mismo tiempo, alega que la propiedad común es una forma legítima del control público sobre el poder económico. Añade que la codeterminación —el gran objetivo de la lucha sindical de la posguerra— es el comienzo de un «nuevo orden económico».

Con el programa de Godesberg, el SPD deja de ser partido clasista. Esto contribuye, sin duda, a que en el decenio siguiente cambiará su composición social. En 1930, alrededor del 60 por 100 de sus miembros eran obreros. En 1952, el porcentaje todavía llegó al 40; pero en 1973 queda en menos del 27 por 100. Ahora los empleados alcanzan casi el mismo porcentaje (22) como los obreros manuales.

GOBIERNOS SOCIAL-DEMOCRATAS

En diciembre de 1966, después de la rotura de una larga coalición de la mayoritaria Democracia Cristiana con el FDP, un pequeño partido liberal, el SPD formó gobierno con los primeros. Brandt asumió la Vicecancillería y el Ministerio de Relaciones Exteriores. Desde 1969 hasta 1982, con los cancilleres Willy Brandt y Helmut Schmidt, los social-demócratas regían el país en coalición con los liberales. (Debo señalar que en algunos Estados federales gobernaban ya desde que se constituyeron en la posguerra.) ¿Cuáles fueron los logros principales de esos trece años?

Lo más destacado, creo, fue la así llamada «política del Este», la política de reconciliación con la Unión Soviética, Polonia y otros países del bloque comunista. Con los tratados que se firmaron, un gobierno del SPD, de aquel partido que en la primera época de la posguerra con mayor pasión había clamado por la reunificación de Alemania y con gran énfasis había negado la legitimidad de las anexiones territoriales de Rusia y Polonia, un gobierno de ese partido reconoció ahora las fronteras existentes y aceptó que la reunificación no fuera asunto de un futuro previsible.

La política de distensión era precondition de que terminase la guerra

fría. Por ello, tuvo importancia europea y global. Correspondía, sin duda, a antiguas tradiciones socialistas de buscar la paz entre los pueblos, pero la política exterior tradicionalmente no había sido materia que se soliera subsumir bajo el término socialismo.

El que el SPD gobernara en coalición con los liberales puso límites a la realización de sus ideas económicas. Mas fue importante el progreso en la política social, donde ya antes la legislación estaba bastante avanzada.

Concordó la coalición en adelantar las libertades políticas individuales, en ampliar la legislación que protegía la esfera privada y los derechos del ciudadano.

En los años setenta, el ambiente social y político, el estilo de vida en la República Federal cambiaron profundamente. Llegaron a ser más abiertos, más libres, más democráticos. Sobre todo en la juventud, un cierto sentimiento internacionalista, o europeo, sustituyó a tendencias provincialistas y nacionalistas, aunque se pusieron de moda caprichos antiamericanos. Desde luego, la transformación no pudo adscribirse al Gobierno, para ello era demasiado vasta. Contribuyó más bien a que, en 1972, la social-democracia obtuviera, con el 45,8 por 100 del voto, el mayor éxito electoral de su historia. Por otra parte, el estilo de legislar y gobernar de los social-demócratas influyó en el cambio de la cultura social y política.

NUEVAS CORRIENTES

El proceso de transformación envolvió al SPD mismo. En los años setenta, en la República Federal, se hizo presente con creciente fuerza un «Movimiento de Paz» que exigía un fin a la competencia de los armamentos y hasta pedía el desarme unilateral. Aunque se dirigiera contra el gobierno del canciller social-demócrata Helmut Schmidt, captó considerable adherencia dentro del partido.

Comenzando en 1978, el movimiento «Verde» creó su propio partido, que poco tiempo después pudo ingresar en el Parlamento. Allende sus filas, los tremendos problemas de la ecología y la fusión nuclear repercutieron en la social-democracia. Esta, que antaño celebró con enorme entusiasmo el uso de la fuerza atómica, ahora promete con igual fervor que cuando llegue nuevamente al poder, en un lapso de diez años, cerrará las plantas nucleares.

En cuanto a la propiedad privada de los medios de producción, el programa de Godesberg era ambiguo, porque trató de reconciliar las convicciones de quienes perseveraron en la meta de la socialización de la gran industria con la opinión de aquellos que creyeron en la superior eficiencia de la

economía capitalista. En los treinta años que han pasado desde Godesberg, el número de abogados de la socialización disminuyó, aunque últimamente quizá creció un poco ante la alarmante desocupación, que se considera, a veces, ser un fenómeno innato del capitalismo. Entre los amigos de la socialización se encuentran todavía marxistas más o menos ortodoxos.

El desempleo ha dado nuevo aliento a la corriente proclive al estatismo. Se dice que el mercado no puede solucionar solo el problema de la falta de trabajo como tampoco lograr una distribución más justa de ingresos. Por ello, deberá intervenir el Estado y planificar la economía no del todo, pero en tanto sea necesario.

La política de distensión quitó ánimo al anticomunismo del SPD. Contribuyó incluso —contra la intención de sus protagonistas— a que, para algunos de sus afiliados, se borrara la frontera entre el socialismo democrático y el autoritario o totalitario. A la Juventud Socialista le place celebrar «acciones comunes» con organizaciones comunistas. Desde luego, los filocomunistas son una minúscula fracción y una pequeñísima minoría entre los electores del Partido.

Es interesante que entre los que persisten en el marxismo, entre los Verdes y los adherentes del Movimiento de Paz, se hallen pocos obreros. Los voceros de aquellas tendencias son, en primer lugar, estudiantes universitarios, maestros de escuela, profesores de secundaria o de universidad, empleados de librerías y de editoriales, periodistas y otras personas de la clase media.

El voto de los trabajadores sigue siendo de importancia decisiva para el Partido. A pesar de su metamorfosis, no lo ha perdido. En 1987, alrededor del 53 por 100 de los obreros manuales votaron por el SPD (contra el 39 por 100 que atrajo el CDU). En las organizaciones de base del Partido, sin embargo, los obreros participan poco. No se atreven a discutir con gente estudiada. Ha disminuido también muy considerablemente el número de trabajadores entre los funcionarios y los parlamentarios del SPD.

Por cierto, los obreros ejercen peso a través de los líderes sindicales activos en el Partido. A ellos deben escuchar los cuadros dirigentes si no quieren arriesgar el voto de los trabajadores. Y los funcionarios de los sindicatos, en su gran mayoría, no son Verdes ni marxistas. En lo que sí insisten es en una mayor participación del obrero y del representante gremial en el manejo de las empresas —es decir, en más codeterminación—. Exigen también una mayor intervención del Estado en la economía del mercado, tanto para combatir el desempleo como para redistribuir los ingresos.

RESUMEN

Liebknecht dijo una vez: «Nos llamamos social-demócratas porque comprendemos que democracia y socialismo están indisolublemente ligados.» Todavía hoy el SPD sostiene esta tesis. ¿Se justifica ante la historia de los últimos ciento veinticinco años?

Dejemos a un lado los Estados del área comunista. La democracia y el socialismo existentes allá no son materia de este esbozo. En los países capitalistas del norte de Europa, las condiciones de trabajo y de vida de la clase baja han cambiado totalmente. El obrero no trabaja más que treinta y cinco a cuarenta y dos horas por semana. Ya no sufre hambre ni vive en habitaciones y barrios miserables. Tiene atención médica y seguro social. Tampoco es el hombre degradado y marginado de antaño.

Las estructuras sociales son más diferentes que en el siglo pasado. Sería falso decir que la distribución de los ingresos y de la propiedad es justa, pero es más equitativa que en el tiempo de Bebel. No vivimos en una sociedad igualitaria, pero las distancias sociales han disminuido y la movilidad social ha aumentado. La educación secundaria y la universitaria están abiertas a jóvenes de ambos sexos de las clases desventajadas. Como Bernstein predijo, estos cambios profundos se han logrado democráticamente. Se deben, aunque no exclusivamente, a la labor de partidos y sindicatos socialistas.

También los sistemas políticos se han transformado. El derecho de voto, general, igual y secreto del hombre y de la mujer, ya no es discutido. Los gobiernos son responsables a los parlamentos —no solamente en Gran Bretaña—. Se protegen los derechos del individuo y de las minorías. Hay libertad de conciencia y de religión, hasta en España. La representación de intereses es pluralista, aunque de ningún modo sea igualitaria. También en los procesos de liberalización y de democratización del Estado y de la vida política los partidos social-demócratas han desempeñado un papel decisivo.

Luego si se entiende bajo socialismo no la utopía de un Fourier, de un Proudhon o un Cabet, sino la reforma social constante y el movimiento social que la empuja, es cierto que democracia y socialismo han sido inseparables. Mas los partidos social-demócratas no fueron autores exclusivos del cambio. Este se debe también al desarrollo de la economía, al incremento de la productividad del trabajo humano y a la consiguiente transformación de las estructuras sociales. Se debe, además, a la actuación de grupos y partidos políticos no socialistas que han hecho suyos objetivos de los movimientos obreros. Aunque la meta grandiosa, la nueva sociedad, esté lejana como siempre. Ideas socialistas más modestas han sido tan exitosas que ahora son propiedad

común en amplias esferas de la sociedad. Owen y Fourier tuvieron razón cuando confiaban en la fuerza de la propaganda, si bien no se hayan realizado sus utopías particulares.

El éxito mismo de la social-democracia, en la República Federal como en otros países, ha contribuido a que esté ahora algo insegura, que se encuentre en una crisis de programa. Hace algunos años, el SPD decidió darse un nuevo texto. La comisión encargada de elaborarlo ha presentado un esbozo para la discusión que es tan insuficiente como largo y contradictorio. Ya se nombró un nuevo gremio para que lo revise y lo haga más conciso. Su tarea es difícil, no solamente porque muchos —no todos— de los viejos objetivos se han logrado. Lo es también por la grande y creciente diversidad de intereses económicos, sociales y políticos en el electorado que el SPD debe considerar y conciliar si espera obtener la mayoría del voto. Más aún, la tarea es quizá imposible de cumplir satisfactoriamente en vista del rapidísimo progreso de las ciencias y de la técnica que estamos presenciando. Parece ser un avance de vastos alcances, cuyas consecuencias todavía no se dejan prever. ¿No es significativo que en los últimos años lo que más apasionadamente se ha discutido en el SPD no son —fuera de las medidas a tomar contra el desempleo— cuestiones económicas y sociales, sino los cohetes y el desarme, la fuerza atómica y las relaciones con los Verdes? Es extraño que en sus generaciones jóvenes ninguna causa despierte tanto entusiasmo como la del Tercer Mundo?

Mi exposición puede haber dado la falsa impresión de que el SPD haya sido en el pasado, o fuera ahora, una asociación puramente altruista. Por cierto, ha defendido los intereses de las clases bajas, ha aspirado a una sociedad más libre, más igualitaria, más solidaria, más justa. Ha luchado por la democracia. Son innumerables sus adherentes que han trabajado por las metas socialistas sin cesar con idealismo y abnegación. En los tiempos de persecución, muchos arriesgaron su libertad y su vida.

Mas el SPD, como todos los partidos políticos, también ha sido vehículo de hombres que aspiraron a cargos públicos, que quisieron figurar, que buscaron poder o que gustaron del juego político. En realidad, el político profesional suele ser impulsado por una mezcla de motivos altruistas y egoístas. Suele obrar por el interés común y, a menudo sin darse cuenta, en interés propio. En las épocas de la oposición, cuando las esperanzas de alcanzar el gobierno eran tenues, y sobre todo en los tiempos de persecución, prevalecía el compromiso con el bien ajeno. Es humano que los días de bonanza política fomenten una mezcla de motivos algo diferente.